

Jesús Pradells Nadal e Inmaculada Fernández Arrillaga

**El regreso del exilio:
la imagen de España en el diario
del P. Manuel Luengo (1798-1801)**

El P. Manuel Luengo, al igual que casi la mitad de los exjesuitas residentes en Italia, se acogió a la Real Orden de 10 de marzo de 1798 por la que, en consideración al estado de convulsión en que se hallaba Italia, se permitía el regreso a España de los expulsos sin más limitación que la prohibición de fijar su residencia en la Corte y sitios reales. Tres años más tarde, en marzo de 1801, se dictó una segunda orden general de expatriación de los ex-jesuitas en respuesta a la publicación del breve *Catholicae Fidei*, por el que se declaraba legítima la conservación de la Compañía de Jesús en Rusia.¹

El voluminoso Diario del P. Luengo² permite reconstruir en gran parte la imagen que se forjó de la España que se vió forzado a abandonar hacía ya más de tres décadas. Una primera vertiente será la derivada de las observaciones y descripciones que fue realizando a lo largo de sus tránsitos por Cataluña, Valencia, Aragón y Castilla. La segunda la cons-

¹ Nonell, P. Jaime, *El V.P. José Pignatelli y la Compañía de Jesús en su extinción y restablecimiento*. 2 vols. Manresa, 1893-94, II, pp. 205-242, 291-308; que se basa sistemáticamente en Luengo; March, P. José M., *El restaurador de la Compañía de Jesús Beato José Pignatelli y su tiempo*. 2 vols., Barcelona, 1934-35, II, pp. 141-142, 188-190, y nota 2; Frías, Lesmes, *Historia de la Compañía de Jesús en su asistencia moderna de España*, 2 vols., I (1815-35), Madrid, 1923, II, (1835-68), Madrid, 1944, I, 48-63; Revuelta González, M. *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX. Trienio Constitucional*, Madrid 1973.

² Eguía Ruiz, C: "Andanzas de un 'Diario' inédito". *Razón y Fe*, XL. N° 3 (Madrid) 1914, pp. 323-338; Cascón, M: "Manuel Luengo, 1735-1816. Su Diario y prólogos inéditos fuente de información para el reinado de Carlos III", *Las Ciencias*, n° 14 (1949), pp. 519-543. Fernández de Arrillaga, I. "El padre Luengo en la antesala del exilio: reflexiones de un jesuita expulso". En: Antonio Mestre Sanchis, Enrique Giménez López (eds.), *Disidencias y exilios en la España Moderna*. Alicante 1997, pp. 639-652.

tituye la valoración que realizó de su estado político, económico y religioso.

Luengo estaba animado por un propósito misionero ya claramente establecido antes de abandonar Bolonia el 21 de mayo de 1798, el de contribuir con su presencia y comportamiento ejemplar a deshacer la imagen monstruosa que la publicística había construido y propagado en España acerca de los hijos de la Compañía de Jesús y, sobre todo, por poner a salvo la obra en que con una tenacidad singular había invertido la mitad de su vida. Él mismo justificaba que su resolución de “marchar entre los primeros a España” se debía en gran parte a la esperanza de “salvar mis papeles, introducirlos dentro del reino y esconderlos en un rincón hasta que llegue el tiempo en que puedan servir de alguna cosa”.³

Acompañado por otros seis ex-jesuitas procedentes del corazón de Castilla la Vieja Luengo abandonó Bolonia, la ciudad en la que había vivido durante tres décadas, el 21 de mayo de 1798. El 2 de junio zarpó del puerto de Génova a bordo del Aquilón, uno de los barcos catalanes encargados de transportar el correo de Italia y, después de once días de accidentada navegación, arribaron al puerto de Palamós.

Luengo, a quien nunca aprisionaron las delicias de Italia,⁴ no pudo extenderse mucho reflejando sus impresiones acerca del primer puerto que pisaba de España después de su largo exilio, pues, aunque debieron guardar cuarentena hasta el 18 de junio por haber sido interceptados en alta mar por navíos de la armada inglesa, apenas podía adivinarse algo del paisaje: “Palamós, antes del Conde de Altamira, y aora del Rey, es, a lo que parece desde el muelle, una villa mediana, como de 300 vecinos; pero bien reparada y en buen estado. Tiene una campiña, en quanto [se] alcanza a ver, mui bien labrada, no obstante que casi todos los hombres andan en la mar. El puerto no tiene mal fondo, y tendría abrigo para muchas embarcaciones si se concluyese el brazo del muelle, que está empezado”.⁵ En cambio la opinión acerca de sus habitantes resultó empañada por la rapidez con que se adaptaron a la ley de la

³ Luengo, XXXII, 21-5-1798, pp. 75-82.

⁴ Al igual que los “dos notables filólogos españoles: el aragonés Gregorio Garcés y el vasco Esteban Terreros y Pando...”, Luengo tampoco puede considerarse integrado en la cultura hispano-italiana. Batllori, M.: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid 1966, p. 40 y nota 54, p. 72.

⁵ Luengo, XXXII, 17-6-1798, pp. 135-137.

oferta y la demanda, pues “estas gentes de Palamós en estas ocasiones de vendernos sus cosas nos llevan por ellas mucho más de lo que valen, [...] y parece, les digo a los compañeros, que en cuanto a este punto no hemos salido todavía de Italia, en donde siempre se nos ha robado sin piedad y sin término en tales aprietos y necesidades”.⁶

También en Palamós la llegada de los ex-jesuitas concitó bastante curiosidad, pues hasta el muelle donde guardaban la cuarentena acudían gentes de todas clases, mirándolos con “un estúpido pasmo y asombro como si vieran algunos monstruos venidos de un nuevo mundo”.⁷

Terminada la cuarentena, el día 19 de junio pudo llegar por fin el diarista a Barcelona. Luengo había preparado concienzudamente su regreso a España, y gracias a las recomendaciones de su hermano Francisco, canónigo de Teruel, pudo alojarse con toda comodidad en la casa de D. Juan Dulcet. En los primeros días de julio tuvo ocasión de visitar una hermosa masía que la familia Rivas –ricos comerciantes de Barcelona– poseía en Sarriá. Aunque la “campiña no es por su terreno y situación tan a propósito como la del distrito de Bolonia para fabricar casas de campo” –escribía Luengo– las que vieron le parecieron de “bello gusto en todo”, particularmente la de Rivas, en la que “no puede ser mayor el aseo y delicadeza de gusto en el adorno de la habitación, en un pequeño jardín que puede tener, en la mesa, en la comida y modo de servirla”.⁸

El día fijado para salir de Barcelona se acercaba y, aunque reconociéndose “mui lexos de estar suficientemente instruido”, reflejaba sus impresiones sobre la ciudad:

“En general, me atrevo a decir que en la suntuosidad de obra pública de mar y tierra, en la magnificencia de edificios públicos del Rey, de la ciudad, y aún de palacios particulares, en la abundancia de variedad y grandeza de fábricas, en los bellos y deliciosos paseos, en el buen gusto, belleza y aseo de los adornos de los palacios y casas de Señores y gente rica, habrá por ventura una Venecia y Nápoles, que son grandes cortes, tendrán por ventura algún exceso respecto a Barcelona. Pero fuera de estas dos Cortes, no se hallará tan fácilmente en Italia ciudad alguna que en el complejo de dichas cosas, y de otras varias, que concurren a hacer una población grande, ilustre,

⁶ Luengo, XXXII, 14-6-1798, pp. 128-130.

⁷ Luengo, XXXII, 15-6-1798, pp. 130-134.

⁸ Luengo, XXXII, 5-7-1798, pp. 174-181.

feliz y respetable entre las naciones cultas, exceda a esta capital del Principado de Cataluña.”⁹

Conseguir transporte hasta sus destinos se convirtió en una tarea prioritaria para muchos de los ex-jesuitas con menos recursos económicos. Los coches de alquiler escaseaban, de manera que no pocos tuvieron que aprovechar los carromatos y galeras en que, como consecuencia del bloqueo marítimo impuesto por los ingleses, se realizaban las exportaciones de géneros catalanes hasta Cádiz y La Coruña, y en los que “la persona y su pasaje pagan solamente con poca diferencia a proporción de su peso, como si fueran cosas de comercio”.¹⁰

El 7 de julio, después de 18 días “de reposo y regalo” en Barcelona, los ex-jesuitas que hicieron juntos el viaje desde Bolonia tomaron el camino de Valencia en un coche de seis mulas y dos calesas, pues aunque más largo que la ruta por Zaragoza, era el más recomendable debido a su mejor estado y mayor seguridad.¹¹

La narración de la semana que duró el viaje desde Barcelona a Valencia responde en líneas generales al conjunto de tópicos acerca del buen, regular, o mal estado de los caminos; a las condiciones más o menos incómodas e higiénicas de los mesones —aunque las de los de Cataluña no le parecieron del todo malas—, y a las pillerías de los arrieros y mesoneros que son habituales en las descripciones de viajes. Sólo ocasionalmente prestó atención Luengo a determinados aspectos relacionados con las condiciones del país, y únicamente al existir la más mínima relación con asuntos tocantes a la Compañía la monótona crónica se torna algo más espesa.

Al mediodía del día 11 alcanzaron la ribera del Ebro. Hasta entonces el camino había discurrido por un terreno “en el que por mucha parte no se pueden hacer pozos, y así es una tierra que, a pesar de toda la industria de los catalanes, está despoblada y puede servir de poco o de nada”. En contraste el Ebro le pareció a Luengo “más grande, más copioso de agua y más magestuoso que el celebrado Po de Italia en Plasencia en los últimos días de mayo”. Después de cruzar el río en una gran barcaza tirada con cuerdas para llegar a Amposta, prosiguieron camino hasta “el

⁹ Luengo, XXXII, *Ibidem*.

¹⁰ Luengo, XXXII, 23-6-1798, pp. 157-158.

¹¹ Luengo, XXXII, 7-7-1798, pp. 181-183.

nuevo pueblo de San Carlos de los Alfaques, hecho modernamente de planta y con belleza, y aún magnificencia en todo, pero parece que no tomará mucho aumento, porque se debe de haver desconcertado el proyecto de que este inmenso puerto de los Alfaques, cediéndole Cataluña, sirviese de puerto de comercio directo con la América para el Reyno de Aragón". El mesón de los Alfaques era magnífico y se acercaba en algunos aspectos a "un buen mesón de la Italia", mientras en Vinaroz, ya en el reino de Valencia, pudo pasarse "medianamente" la noche.¹²

El 13 de julio, transitaron por Oropesa y llegaron a comer a Castellón de la Plana, "que es un lugar grande", y del que la principal observación realizada por Luengo es que allí residía, por causa de las desavenencias con su cabildo, el Ilmo. Sr. D. Antonio José Salinas, franciscano observante, que había sido elevado en 1790 por su concuñado el Conde de Floridablanca a Obispo de Tortosa. Después de haber comido "no mal", continuaron camino, pasando por Villarreal, hasta que se detuvieron a pernoctar en Nules.

Desde Castellón arrancaba el "camino nuevo", que disponía ya de columnas miliarias que indicaban la distancia que restaba hasta Valencia. Además de a las mejoras viarias, otro de los pocos juicios favorables lo dedicaba Luengo al "hermosísimo" puente construido sobre el río Alcora. Desde Castellón era ya "una delicia viajar por caminos tan buenos", pues, si bien no se aumentaba mucho la velocidad, que no superaba la media de 11 kms/hora, la comodidad de los pasajeros era mucho mayor.¹³

Al mediodía del día 14 llegaron a Murviedro, donde se podían ver "vestigios de fortificaciones" de la antigua Sagunto, pero no se detuvieron más que para comer en el que a Luengo le pareció el mesón mejor servido de todos hasta entonces, y hacia las siete de la tarde se hallaban ya en las afueras de Valencia, donde, después de más de treinta años de ausencia pudo encontrarse con su hermano Fernando: "Al principio —escribe Luengo— no le conocí, como ni él tampoco a mí. Tanta mudanza de semblantes y fisonomías pueden causar treinta y un años, pasando en

¹² Luengo, XXXII, 12-7-1798, pp. 186-187.

¹³ Los pasajeros calcularon 80 minutos por legua. Cada legua equivale con poca diferencia 5,572 km. La velocidad media resultante es de menos de 11 kms/hora. Luengo, XXXII, 14 y 15-7-1798, pp. 188-192.

él tales aventuras”. Allí se despidió Luengo de sus compañeros, que prosiguieron viaje hacia Castilla, pues él iría a Teruel con su hermano.

Los hermanos Luengo, y un capellán que acompañaba al canónigo turoloense, permanecieron alojados durante tres días en el convento de Santa Mónica de los agustinos recoletos. Sus observaciones sobre la ciudad de Valencia volvían de nuevo a los referentes italianos:

“Es sin duda ciudad grande, populosa, y se ven en ella buenas fábricas. Su Cathedral, en aseó, limpieza y hermosura excede a todas las iglesias que he visto. Es también mui digno de alabarse el empeño de los valencianos en formar un buen puerto en el mar inmediato, como a tres quartos de legua de la ciudad. En este ramo de obras públicas, en el cultivo de la campiña, y en el de las artes útiles, en el comercio y en todo género de industria hai tanto bueno en esta ciudad, y en la de Barcelona, como en qualquiera ciudad buena de Italia.”¹⁴

Barcelona y Valencia eran ciudades con iluminación nocturna, lo que, salvo en Nápoles, Milán y Venecia, no era habitual en ninguna ciudad italiana. También los vigilantes nocturnos –los serenos– que se habían introducido en estas dos ciudades, posiblemente, pensaba Luengo, a imitación de México, eran desconocidos en Italia “[...] porque siendo invención de los españoles, por buena que sea, siempre merecerá el desprecio de los italianos, como por el contrario, siendo cosa de los franceses, por mala y tonta que sea, siempre les parece buena y les merece el aprecio”.¹⁵

El día 18 por la mañana emprendieron viaje hacia Teruel escoltados por los dos miñones que había traído consigo el canónigo Luengo. Esa noche pernoctaron en Segorbe, y al día siguiente, en Sarrión, se alojaron en la casa de los señores de la villa, D. Juan Francisco de la Torre y Da. María Ignacia Alaestante. Al dar un paseo por el pueblo, sus gentes, “sabiendo que era jesuita, me miraban como generalmente en todas partes, con maravilla y asombro, y con semblantes alegres”.¹⁶

El 21 de julio, dos meses después de haber salido de Bolonia, llegaba Luengo a casa de su hermano en Teruel. El diarista pudo hacer entonces un repaso de los muchos sinsabores del viaje, y dedicar varias resmas de

¹⁴ Luengo, XXXII, 16-7-1798, pp. 192-198.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Luengo, XXXII, 20-7-1798, pp. 198-199.

papel a describir al por menor “el alegre bullicio y tumulto” que produjo su llegada, pues fueron recibidos por la flor y nata de la sociedad turolense.

Durante tres días la casa del canónigo se convirtió en un continuo trasiego de visitantes, de manera que “se puede con toda verdad decir que no hai persona alguna en la ciudad de todas las clases de alguna distinción que no haya venido a hacer este cumplimento”. Por allí desfilaron monjas clarisas y carmelitas descalzas, el cabildo en pleno, párrocos de las poblaciones vecinas, los superiores de los conventos de los franciscanos observantes, de los trinitarios, de los mercedarios, de los capuchinos, y —añadía también Luengo— “aún el dominico y el carmelita, que parece podían temer alguna mayor repugnancia a visitar a un jesuita”, y hasta el Sr. Obispo, D. Félix Rico, acudieron a darle la bienvenida, expresión “que hacen pocas veces los Señores Obispos en España”.¹⁷ Una expectación que Luengo no atribuía sólo a su condición de jesuita, sino al predicamento de su hermano Fernando y a “la fresca y tierna memoria del difunto señor Obispo de esta ciudad, Don Francisco Rodríguez Chico”,¹⁸ tío materno de Luengo, y uno de los prelados españoles más comprometidos en la oposición a la política regalista de Carlos III, hasta el punto de financiar la edición de la *Verdad desnuda*, panfleto por el que su autor, el clérigo Francisco Alba, sería sañudamente perseguido por el Gobierno durante tres décadas.¹⁹

Desde su establecimiento en Teruel, la atención de Luengo se fijó sobre dos asuntos principales. En primer lugar el seguimiento de los acontecimientos internos, especialmente de los escándalos cortesanos, los frecuentes relevos ministeriales y las críticas circunstancias económicas generales, con especial énfasis en la creciente presión fiscal sobre el clero —requisitorias, donativos, contribuciones extraordinarias— que calificaba de arbitrios bajos y soeces destinados a disminuir la “grande e ignominiosísima” deuda del erario.²⁰ En segundo lugar estuvo siempre

¹⁷ Luengo, XXXII, 21-7-1798, pp. 199-200.

¹⁸ Luengo, XXXII, 24-7-1798, pp. 200-206.

¹⁹ Pradells Nadal, J. “Fanatismo y disidencia político-religiosa. La *Verdad Desnuda* y el P. Francisco Alba en el Diario del jesuita Luengo”. En: Antonio Mestre Sanchis, Enrique Giménez López (eds.), *Disidencias y exilios en la España Moderna*, Alicante, 1997, pp. 719-738.

²⁰ Luengo; XXXII, 14-10-1798, pp. 278-286.

particularmente atento a las noticias de Italia y a la suerte de los aproximadamente setecientos ex-jesuitas españoles que permanecían todavía en ella.

La esterilidad de las montañas que rodeaban la pequeña ciudad de Teruel se apaciguaba gracias a la confluencia en el valle de los ríos Guadalaviaga y Alfambra que fertilizaban su huerta. Pocas de sus calles estrechas permitían la circulación de coches, y aunque tenía “casas mui decentes” pocas llegaba a merecer el calificativo de “palacio”. Las tres cosas que más atrajeron la atención de Luengo fueron el “puente de arcos mui antiguo, y de bella arquitectura, que, sirviendo en los primeros arcos para que pueda pasar la gente, en otros superiores introduce en la ciudad un caudal de agua bastante copioso, de que se proveen todas las fuentes públicas, que no son pocas, y varias de casas particulares”; los “famosos Amantes de Teruel” cuyos cadáveres se conservaban en el claustro de la parroquia de San Pedro, y el edificio del antiguo Colegio de la Compañía, “sin duda la mexor fábrica de Teruel”.²¹

Pero a la pequeña ciudad de Teruel, cuya población no superaba las mil trescientas familias, sólo llegaban las gacetas más comunes,²² de manera que la correspondencia que recibía desde Bolonia constituiría su principal fuente de información, pues algunos de sus corresponsales en Italia se mantuvieron fieles durante mucho tiempo informándole de los acontecimientos hasta donde permitía la prudencia. Al mismo tiempo fue estableciendo también una red de intercambio de noticias con algunos de los ex-jesuitas ya instalados en España, que venía a sumarse a la que había mantenido desde muchos años atrás con personajes “afectos a los jesuitas”.

Mediado el mes de agosto se le presentó una buena oportunidad para viajar a Castilla en compañía de los hermanos Díaz Merino, sobrinos del difunto obispo turolense D. Roque Merino, que debían ir a la Corte.²³ El día 20 tomaron el camino real de Zaragoza haciendo una primera jornada hasta Villafranca.²⁴ Durante cuatro días más transitaron por las áridas tierras del Arzobispado de Zaragoza y del Obispado de Sigüenza. El paisaje castigado por la calima veraniega le pareció desolador, “mui seco

²¹ Luengo, XXXII, 18-8-1798, pp. 228-233.

²² Luengo, XXXII, 24-7-98, pp. 200-206.

²³ Luengo, XXXII, 18-8-1798, pp. 228-233.

²⁴ Luengo, XXXII, 20-8-1798, p. 233.

y mui escaso de agua, pues en más de treinta leguas de travesía yo no he visto río alguno, o sólo un riachuelillo, que riega unos prados. Los lugares por que hemos pasado no son pocos, pero generalmente todos malos, es especial a los ojos de quien ha vivido muchos años en la Italia, en donde aún los lugares pequeños son aseados y al aire de las ciudades”. La escasez y miseria de los mesones fue compensada por la atención de los vecinos y curas de las poblaciones del tránsito, pues, según afirmaba Luengo, bastaba “[...] darme a conocer por jesuita que venía de Italia, para tener al instante buena cama para mí y para los compañeros, y otras muchas cosas que nos ofrecían, aunque no solíamos admitirlas, por no tener necesidad de ellas”.²⁵

A partir de Palencia se entraba ya en “un país generalmente mexor”, con muchas viñas y “mexores lugares”. Entre ellos Almazán, patria del P. Laínez, segundo General de la Compañía, donde se detuvo a visitar la iglesia en la que había sido bautizado; Burgo de Osma, “pequeña ciudad nueva y bastante aseada”, en la que todavía residía el arcediano Rábago, sobrino del confesor de Fernando VI, donde acudió a visitar la capilla construida a instancias del P. Eleta, el confesor de Carlos III, “destinada para el deseado santo Don Juan de Palafox”; Aranda de Duero, “que es una población bastante grande, y tiene aire de ciudad”.²⁶

El 29 de agosto llegaron a Paredes de Nava en cuyas cercanías podía verse la excavación del “famoso canal de Campos, que se empezó casi medio siglo ha por el Marqués de la Ensenada”, aunque desde su salida del Ministerio en 1754 no se hubiesen hecho grandes progresos en las obras: “Ya pudiera haver corrido toda España —escribía Luengo— si la mitad [sic] de los millones que en el reinado de Carlos III se derramaron en Roma para conseguir injusticias, tyranías y la opresión de muchos millares de religiosos inocentes se huviera empleado en una obra tan útil para la Monarquía”.²⁷

De Paredes de Nava, población de unos quinientos vecinos en la que Luengo permaneció un par de días alojado a pan y mantel en casa de los Díaz Merino, destacaba el diarista la existencia de “muchos labradores ricos” debido tanto a la sucesión de las buenas cosechas de cereales,

²⁵ Luengo, XXXII, 23-8-1798, pp. 233-236.

²⁶ Luengo, XXXII, 28-8-1798, pp. 236-237.

²⁷ Luengo, XXXII, 29-8-1798, pp. 237-238.

como a que, “a lo menos en los hombres, ha trascendido poco el luxo y profanidad, demasiado común en otras provincias”.

El último día de agosto llegó Luengo a Valladolid, la ciudad que consideraba casi como su patria porque en ella había cursado sus estudios de filosofía y teología.²⁸

Luengo, que había nacido el 7 de noviembre de 1725 en la población vallisoletana de Nava el Rey, ingresó en la Compañía en 1755, después de haber cursado estudios de Humanidades, Filosofía y “algo de Teología” en los colegios de Medina del Campo, Villagarcía y Valladolid.²⁹ Ahora, treinta y tres años después de haberla abandonado, rememoraba los tiempos de su juventud y reflexionaba con añoranza acerca de la suerte de los dos magníficos colegios que habían sido de la Compañía antes de la extinción: el de San Ignacio, destinado entonces a “los padres de la segunda probación”, y el de San Ambrosio, en el que se impartían los estudios de latín, filosofía y teología. La iglesia del Colegio de San Ignacio había sido transformada en parroquia, mientras el resto del edificio se encontraba ya bastante deteriorado. El de San Ambrosio había sido destinado para alojar a los seminaristas ingleses cuando abandonaron el viejo edificio de San Albano.

“Por lo demás, –anotaba Luengo– no he encontrado, en quanto he podido observar en estos días, mudanzas algunas de importancia en las fábricas de la ciudad. Pero las hai mui notables en quanto al adorno de los paseos públicos del Espolón nuevo, del paseo de la Magdalena y del Campo grande con plantíos de árboles dispuestos con buen orden y simetría. La misma amenidad y buen gusto se ve en algunos caminos reales, y especialmente en el que va desde Valladolid a Cabezón, que está distante de la ciudad dos leguas largas.”³⁰

En Nava del Rey se le había preparado un recibimiento como “si fuera un Obispo u otra cosa mayor”. El 11 de septiembre anotaba que en “estos siete días después de mi llegada a este pueblo no he tenido, por decirlo assí, un momento de reposo, y durará naturalmente algún tiempo más este bullicio y tumulto de visitas de todas las gentes del lugar y de

²⁸ Luengo, XXXII, 31-8-1798, pp. 238-240.

²⁹ Eguía, C., “Andanzas de un ‘Diario [...]’, p. 324, Cascón, “Manuel Luengo [...]”, pp. 521-522.

³⁰ Luengo, XXXII, 3-9-1798, pp. 241-244.

visitarlas por mi parte a todas. Ya se ve que es imposible explicar las demostraciones de alegría, de estimación y de afecto que me han dicho generalmente todos los vecinos de alguna distinción, y muchos de las familias pobres de este pueblo; y todas ellas van regularmente mezcladas con grandes elogios de la Compañía de Jesús, de la qual hai en este lugar, como en todas partes, muchos discípulos suyos, que la conservan estima y afición”.

Durante los tres meses que llevaba en España muchas de las cartas de sus corresponsales le narraban escenas semejantes, de forma que el regreso de los jesuitas podía considerarse como un “glorioso triunfo” de la injuriada Compañía, pues debía separarse “el cuerpo de la noble Nación española de una gavilla, y no mui numerosa, de impíos, y por la mayor parte de viles españoles, que para ruina de España de todos modos ha tenido en su manos toda la fuerza y authoridad del Gobierno, y fue la causa verdadera y única de todos aquellos furores y tiranías”.³¹

Luengo, que fue quedándose paulatinamente aislado de la actualidad de Italia a pesar de intentar leer entre líneas en las noticias de la Gaceta, se fue implicando cada vez más en la rumorología acerca de la política nacional, tal y como los asuntos políticos podían llegar hasta una población de la Castilla profunda.³²

Las medidas desamortizadoras del Gobierno de Godoy se habían presentado a sus ojos como una heregía, y ahora le llegaba también el turno a los Colegios Mayores, pues por un decreto del 19 de septiembre se destinaban a la Caja de Amortización las rentas de los seis Colegios Mayores,³³ mientras los réditos al 3,5% serían destinados a los fines de instrucción general cuando se estableciese el plan general de reforma de las universidades. En opinión de Luengo estas medidas eran, en realidad, un nuevo género de extorsión, puesto que, ante las urgencias del erario, nadie pensaría en el futuro en la “instrucción general de los vasallos”.

En la primera semana de noviembre de 1798 Luengo decidió pasar un par de días en Salamanca, “en la que hice en mi juventud los estudios de theología, y enseñé filosofía por dos años”. Luengo se hospedó en casa de su buen amigo el Lectoral Custodio Ramos, hermano del jesuita

³¹ Luengo, XXXII, 11-9-1798, pp. 247-250.

³² Luengo, XXXIV, 4-1-1800, ff 1.

³³ San Bartolomé, Cuenca, Oviedo y el del Arzobispo de Salamanca, Santa Cruz de Valladolid y San Ildefonso de Alcalá.

Lázaro Ramos, y enconado paladín de “la sana doctrina” contra los jansenistas, agustinos, dominicos y benitos.³⁴

Cuando Luengo terminó el noviciado en 1757, se trasladó primero a Medina del Campo “a repasar por un año su Filosofía” y, en 1758, a Salamanca, donde cursó otro año de Filosofía y los tres preceptivos de Teología. Luego, entre 1762 y 1764, hizo en Salamanca “su pasantía” y ejerció primero de “prefecto de las conferencias escolásticas y luego como profesor de Lógica”, y durante los cursos de 1763 y 1764 de profesor de Metafísica en el colegio de la Compañía. En los dos cursos siguientes explicó Física en el colegio de Medina del Campo, y finalmente fue enviado al colegio de Santiago en Galicia para impartir Filosofía, “donde le sorprendió la orden de destierro de 3 de Abril de 1767”³⁵

“Al entrar en Salamanca –escribía el diarista– se me ofreció el temor de que me sucediese como a otros muchos en tales casos. Esto es, que algunas cosas de esta ciudad, y especialmente la Plaza, la Cathedral, y el Colegio de la Compañía, que en otro tiempo me parecían magníficas, ahora no me pareciesen tales, después de haver visto tanto en este mismo género en España y en Italia. Pero protesto sinceramente que me ha sucedido al contrario, y que no he visto cosas iguales a ellas, aunque es verdad que yo no he estado en las cortes principales de Italia.”

De nuevo Luengo prestó atención casi exclusiva al “magnífico Real Colegio”, que encontraba ahora dividido en tres partes. La iglesia había pasado a manos del cabildo de San Marcos y estaba “no del todo mal conservada”, aunque sin el esplendor de antaño. La parte más antigua era ahora el Seminario los Irlandeses, y la tercera parte fue destinada por el Obispo Bertrán para servir de Seminario Conciliar.

³⁴ Luengo, XXXII, 6-11-1798, pp. 297-302. Poco más de un año más tarde, en febrero de 1800, su amigo Custodio Ramos le informó acerca de la escandalosa tesis galicana que había mantenido en Salamanca un agustino, en cuanto defendía la potestad episcopal frente a la pontificia. El canónigo lectoral le increpó públicamente durante el acto, y se armó una trifulca que hizo que se terminara la exposición a puerta cerrada. Los agustinos se quejaron al Rey, y Urquijo solicitó informes al Claustro de la Universidad. La conclusión de Luengo era que los agustinos estaban enseñando proposiciones heréticas y jansenistas en la decadente universidad de Salamanca. Luengo, XXXIV, 13-2-1800, ff. 28-33. Una exposición más ecuaníme en Oleaechea, R., *El Cardenal Lorenzana en Italia*, León 1989, pp. 230-233.

³⁵ Eguía, C., *op. cit.*, p. 324.

Los cuatro Colegios Mayores salmantinos acababan de recibir su sentencia de muerte, y la Universidad, que no presentaba en su fábrica “mudanza alguna ni para bien ni para mal”, la contemplaba en cambio sumida en una gran decadencia, que Luengo atribuía a la falta de los “Colegios Mayores y de la Compañía de Jesús, sacrificados casi con igual injusticia, tyranía y crueldad por unos pocos viles y embidiosos abogados, que se apoderaron de la confianza de Carlos III, y por algunos otros hombres de tan mal corazón, y de tal malvadas intenciones como ellos”.³⁶

Al regresar a Nava del Rey, Luengo tuvo tiempo para reflexionar acerca de los cambios que había sufrido el paisaje y las condiciones de vida en las últimas tres décadas, pues, “en estos lugares vecinos, y en otros más apartados, de tierra de Arévalo, de Valladolid y de Campos se han plantado innumerables viñas en estos años que he estado en Italia”. La carestía de los cereales había repercutido muy negativamente en las condiciones de vida de los más humildes, puesto que “no pudiendo ganar con su trabaxo más que tres reales, o tres reales y medio al día, a poca familia que tengan, apenas ganan para pan”, de manera que “apenas hai uno de los trabaxadores del campo que pueda poner una ollita de carne diariamente; [¿]y cómo la ha de poner valiendo la libra de ésta a trece y catorce quartos, quando en los años anteriores a mi partida de este país no valía más que a cinco o seis?”.

Si a ello se une el deterioro que dice ir notando en “las costumbres, en la educación de la juventud, en la religión, en los gravámenes de los pueblos por parte del Gobierno, en el amor y felicidad de los vasallos al Rey, y en los demás ramos de importancia en una Monarquía”, la conclusión caía por su propio peso: “Todo se ha mudado notablemente, y todo está peor que antes, por más que algunos fanáticos quieran ensalzar los reynados de los dos Carlos, que son propriamente [sic] los del reynado de los abogados”.³⁷

En la calma del mes de julio de 1799 Luengo abordó un intento de sistematizar la comparación de la España que abandonó en 1767 con la del reinado de Carlos IV.

³⁶ Luengo, XXXII, 6-11-1798, pp. 297-302.

³⁷ Luengo, XXXII, 14-10-1798, pp. 278-286.

Con unos moldes ideológicos bien caracterizados, un pensamiento político poco sutil, y unas premisas establecidas de antemano, resultaba evidente que todas las cosas habían ido mejor en todos los terrenos durante el reinado de Fernando VI, cuando la Compañía todavía tenía predicamento en España. Íntimamente convencido de la realidad de la conspiración jansenístico-filosófica destinada al abatimiento de los tronos y la religión, su ideal de buen gobierno era el representado por el castizo marqués de la Ensenada. Por el contrario la época de los reinados de Carlos III y Carlos IV, dominada por “los abogados, y otra gente sin honra, sin talentos, sin lealtad, y aún sin religión ha llegado ya a una suma decadencia en todos los ramos”.³⁸

Desde la expulsión de la Compañía, y como una de sus más notables consecuencias, la Monarquía había quedado irremediabilmente abocada al abismo, como era ya patente en los años transcurridos del gobierno de Carlos IV, en el que la disipación moral en la Corte, particularmente la de María Luisa y Godoy, resultaba escandalosa,³⁹ hasta el punto que no tardarían en manifestarse algunas insolencias contra los reyes: “entre ellas una es pintar a la Reyna abrazada con el Príncipe de la Paz, y al Rey con el Cónsul Buonaparte”.⁴⁰

La presión fiscal ejercida por diferentes vías sobre el estamento clerical, el descrédito sufrido por las sucesivas emisiones de vales reales y, sobre todo, las primeras medidas desamortizadoras de Godoy sobre fundaciones pías y los Colegios Mayores, junto con los efectos de una inflación galopante eran traducidas en clave política por el diarista: “es necesario que los Ministros de estos dos reynados, no sólo hayan sido hombres sin talentos, y sin celo por el servicio del los Reyes, y por el bien de la Nación, sino que hayan tenido expresamente designio de disipar el erario, y de disgustar y oprimir a todas las clases de vasallos

³⁸ Luengo, XXXIII, 22-9-1799, pp. 145-151.

³⁹ El 31 de agosto, comentaba Luengo la visita de los reyes a Segovia, y la descripción que le hizo un artesano que hacía navajas: “Llevaba, dixo el tío Remesal, [...] los brazos desnudos hasta los sobacos; por detrás llevaba descubierta una quarta de espalda, y por delante hasta la barriga. Iba agarrada con un brazo al Rey, y con el otro al Príncipe de la Paz”. Luengo, XXXIII, 31-8-1799, pp. 127-131.

⁴⁰ Luengo, XXXIV, 23-8-1800, p. 142.

para trastornar el trono, y hacer a España un caos, una Babilonia, o una República Democrática, que viene a ser lo mismo”.⁴¹

Todas las observaciones que fue realizando hasta julio de 1799 indicaban que los gobiernos carolinos habían sido disolventes. Luengo, consciente de que la comparación de la situación de treinta años atrás con la actual resultaba “una cosa mui difícil, si se havía de hacer bien; pues son muchos los ramos que entran en la Sociedad, y a mí por muchos títulos me es absolutamente imposible, y más encerrado en esta villa con no muchas correspondencias con las otras Provincias de España”, optó por ensayar el método de la apreciación personal, y siempre unificando dos principios: la solidez moral de la sociedad es inseparable del buen gobierno, y éste sólo es aquel que sigue las pautas de la ortodoxia católica. La expulsión de la Compañía, el mal gobierno de los abogados, el predicamento de los “jansenistas” y los “impíos filósofos” habían provocado una relajación moral que afectaba desde la familia real, pasando por parte del clero, hasta el pueblo llano que, junto con el trastorno económico y social de los reinados de los dos Carlos, conducía a pasos agigantados a la ruina de la Monarquía.

Pero para apuntalar un edificio tan sólido Luengo aportó materiales de baja calidad y procedentes de una única cantera, recurriendo a indicios inconexos cuando no anecdóticos. Sin abundar ahora en el profundo calado de las pugnas de escuela y el odium teológicum que separaba a las distintas órdenes religiosas, desde su llegada a España Luengo se sorprendió, y llevaba muy mal, la que consideraba nueva moda de los clérigos fumadores. Costumbre estrambótica a la que ya dedicó un largo comentario durante su breve estancia en el convento de los Agustinos de Valencia, donde “desde el P. Prior hasta el más joven de los religiosos [...] se agarraban con el cigarro, como hombres que estaban acostumbrados a manejarle; y me aseguran ellos mismos, mi hermano y su cape-

⁴¹ Añadía en clave milenarista: “Yo añado, que es una expresa maldición del cielo, parecida a otras muchas de que están llenas las historias, por haver metido sacrilegamente las manos en los bienes de Jesu-Christo, apoderándose sin causa justa de las haciendas de los trescientos colegios de la Compañía de Jesús en España; y puntualmente por avaricia, y por interés, haviéndole hecho creer al sencillo Carlos III, que apoderándose de los soñados, o más bien maliciosamente inventados thesoros de los Jesuitas, será un Soberano rico, y quedaría provisto, y lleno su erario”, Luengo, XXXIII, 21-8-1799, pp. 123-127.

llán, que ésto es ya cosa comunísima en España entre los eclesiásticos seculares y regulares de todos los órdenes, y yo les dixe con franqueza y con verdad que quando nosotros nos fuimos echados de España el año de sesenta y siete, el fumar era vicio solamente de soldados, de caleseros y otra gente ordinaria, y que jamás vi fumar a un religioso, ni oí que fumase con alguna publicidad, aunque por ventura lo hiciesen algunos más por remedio que por vicio. Si en otros artículos de la educación de la juventud se ha hecho en España una mudanza tan grande como se ha hecho en éste, por esta parte se nos habrá hecho en nuestra patria no un honor tan grande como en otros países, no entrando ni los regulares ni los seculares a llenar el hueco que dexaron los jesuitas en este importantísimo asunto de la educación de la juventud”.⁴² También en su ensayo veraniego abundaba en la cuestión: “[...] puedo asegurar que los religiosos del Reyno de Aragón son enteramente semejantes a los de Valencia, y los de Castilla a los dos. En la sacristía del convento de agustinos descalzos de esta villa [de Nava del Rey] he visto a religiosos jóvenes, que estudian filosofía con el cigarro en la boca; y es general el uso del tabaco en estos religiosos, y en otros muchos, como también mui común entre los eclesiásticos seculares; y yo protesto, como ya protesté antes, que en treinta y un años, que viví en España antes de ir al destierro, jamás vi fumar en público a un eclesiástico, y mucho menos a un religioso, y menos de estas religiones descalzas, que ya fuman en varias partes las señoras, y se puede temer, que lleguen también a tomar su cigarrito las monjas; porque assí lo hacen las monjas, y señoras en México”.⁴³

Por supuesto, Luengo tampoco comulgaba con la moda de los pretes que los castizos denominarían a la violeta que, con sus ropas cortas, empelucados y empolvados, se habían hecho tan frecuentes en Italia como en Francia, costumbre que, independientemente de las ideas estéticas de Pío VI, Luengo consideraba una “mugeril y escandalosa profanidad” que requería pronto remedio en el pontificado de Pío VII.⁴⁴

Con todo, a pesar de la frialdad y afectación de los “jansenistas”, Luengo reflexionaba también acerca los cambios que se habían produ-

⁴² Luengo, XXXII, 16-7-1798, pp. 192-198.

⁴³ Luengo, XXXIII, 5-7-1799, pp. 88-96.

⁴⁴ Luengo, XXXIV, 15-8-1800, pp. 128-134.

cido en la calidad de la predicación en España. En Teruel no le disgustó la prédica de un fraile gerónimo de Zaragoza, a pesar de la considerarlos rigoristas fanáticos: “Por lo demás se ven desterradas de los púlpitos de España las puerilidades y profanidades que procuró ridiculizar para que fuesen abandonadas el P. Francisco de la Isla en su graciosa obra el fray Gerundio de Campazas; y los vicios comunes en los predicadores de España en el día, son además del dicho rigorismo, frialdad y afectación en imitar a los predicadores franceses; y assí, aunque no escandalizan, como antes de nuestro viage a Italia, hacen poco fruto, y ni aún de todos los sermones de una quaresma seguida se puede esperar con fundamento la reforma de un abuso”.⁴⁵

Luengo reflexionaba también acerca del aumento de la inseguridad pública, pues los rateros, ladrones y bandoleros habían proliferado de forma tan considerable durante los años del exilio que hasta las costumbres y hábitos de vida de poblaciones antes tranquilas como Nava del Rey se habían transformado: “Antes que yo me fuese a Italia todas las casas de la gente principal, y rica, estaban enteramente abiertas desde la mañana mui presto hasta la noche mui tarde, especialmente en tiempo de verano, y nadie temía, que entrase nadie a robar, aunque efectivamente era mui fácil, ni yo me acuerdo, de que se huviese hecho robo alguno en las casas, que mereciese alguna atención. Ahora todas las casas tienen después del portal su portón, como se usa en las ciudades, y preguntando la causa de esta novedad, todos me responden, que no ha havido otra, que el no haver cosa segura ni en las cocinas, ni en las salas, o quartos, que tenían las puertas a los portales; y me cuantan a centenares los robos de esta especie, metiéndose las gentes en las casas con este, o el otro pretexto, y llevándose lo que les venía a la mano, sino estaba a la vista alguna persona. Entre estas raterías pueden tener lugar los robos de gallineros, que son ahora mui comunes, por más que se han fortificado los corrales, y en otros tiempos apenas si se oía uno, aunque no estaban tan guardados”.⁴⁶

Las noticias acerca de salteadores de caminos se habían hecho también mucho más frecuentes en casi toda España,⁴⁷ y el problema de

⁴⁵ Luengo, XXXIV, 7-3-1800, pp. 44-46.

⁴⁶ Luengo, XXXIII, 5-7-1799, pp. 88-96.

⁴⁷ *Ibidem*.

las partidas de bandoleros era todavía de mayor enjundia, pues, tanto en Castilla como en Aragón y Andalucía, “llega a tanto su atrevimiento, y osadía, que no sólo asaltan en los caminos a los pasajeros, aunque sean muchos en número, sino que entran en los lugares, y roban en ellos las casas de los hombres ricos que quieren”,⁴⁸ en operaciones de sitio y asalto ejecutadas casi con precisión militar.

Puesta la mayor, el resultado del silogismo no podía tener más conclusión que: “Claro está que este aumento de ladrones, y de robos de todas especies en estos treinta años que hemos estado fuera de España los Jesuitas es una prueba segura de que en este tiempo ha padecido por esta parte alguna quiebra y disminución la piedad y christiandad de los españoles, pues todos estos robos son pecados, maldades, injusticias, y mui perjudiciales a la sociedad. [¿]Y qué duda puede haver en que aún en este ramo tenía mucha influencia la buena educación dada por los Jesuitas en las Ciudades a jóvenes, que después se esparcían por todos los pueblos de las Provincias, y sus continuas, y fervorosas misiones, que comprendían aún las más cortas aldeas”.⁴⁹

Luengo consideraba también que se había producido en España un aumento extraordinario de pícaros y de “mendigos que no tienen verdadera necesidad, o no debían tenerla, si hubiera buen gobierno, temor de Dios y buena educación en los padres de familias [...]”. De nuevo Luengo convertía su memoria en argumento de autoridad: “En esta villa de la Nava del Rey todo el tiempo de mi juventud, y aún hasta que partí para Italia, apenas de veía diariamente un pobre, que pidiese limosna, y los sábados recorrían las casas de los ricos una docena, o docena y media de hombres, y mugeres ancianas, e inhábiles para todo; y con la limosna de aquel día, y algún abrigo al lado de alguna hija, o hijo, pasaban su última vegez. Ahora veo pobres a centenares, y entre ellos varias mugeres con un niño al pecho, y muchos muchachos, y muchachas de ocho, diez, y doce años descalzos de pie, y pierna, y casi desnudos; y aseguro con la mayor aseveración, que jamás vi en este lugar, ni en todo este país hombre, o muger, niño, o niña sin medias, y sin zapatos antes de mi viage a la Italia”.⁵⁰

⁴⁸ *Ibidem.*

⁴⁹ *Ibidem.*

⁵⁰ *Ibidem.*

Más atento todavía que a la situación política y económica de la monarquía, había estado Luengo a las polémicas suscitadas entre “ortodoxos” y aquellos que él rotulaba bajo el calificativo de “jansenistas, filósofos y ateístas”.

Desde 1798 la polémica carta dirigida por el obispo de Blois, Gregoire, al Inquisidor General y Arzobispo de Burgos, José Ramón Arce, levantó chispas, aunque no sólo entre los ultramontanos españoles. Para Luengo el asunto parecía reducirse a que el “obispo cismático” proponía la supresión de la Inquisición. Indignado por la inacción del Santo Tribunal, por la pasividad de los obispos y por el silencio de agustinos y dominicos, se hacía eco de las dos impugnaciones que circulaban a finales de 1798. La de Blanco,⁵¹ que adolecía de falta de fuerza para “hacerle aborrecible a todos los españoles”; y la publicada por Lorenzo Villanueva bajo el seudónimo de Lorenzo Astengo,⁵² que, a pesar de tener “cosas buenas”, era claramente obra de un “jansenista”, puesto que en ella se denominaba obispo católico a Gregoire, cuando “por lo menos es un Prelado intruso y cismático, y verisimilmente un jansenista adelantado y perfecto, y por consiguiente un filósofo y un atheista”.

También a finales del año 98 había metido mucho ruido en Madrid la circulación de la traducción castellana de *La liga fra la theologia moderna e la filosofia a rovina della Religione e dei Troni*, atribuida al jesuita italiano Bónola que, casi de inmediato fue impugnada por *El Páxaro en la liga, y carta de un párroco de aldea*. Para Luengo, la obra, que se reducía a “insolencias y desverguenzas contra los jesuitas”, era

⁵¹ “*Respuesta pacífica* de un español a la sediciosa carta del francés Gregoire, que se dice Obispo de Blois = Madrid en la Imprenta real, año de 1798, por don Pedro Pereira Impresor de Cámara de Su Magestad. Es en octavo, y tiene ciento veinte páginas. Al fin de la respuesta se pone la data de Madrid a 11 de mayo, y la firma P. L. Blanco, que es, a lo que me aseguran, Bibliothecario Mayor de la Biblioteca Real de Madrid. Está escrita con buen aire y con gusto; y en ella se impugna no mal la carta insolentísima de Gregoire. Pero yo echo de menos fuerza y gravedad, franqueza y libertad, no sólo para impugnarle con vigor y con gran peso de razones, sino para ridiculizarle y hacerle odioso y aborrecible a todos los españoles como lo tiene mui merecido” Luengo, XXXII, 9-12-98, pp. 313-318.

⁵² “Las publica Don Lorenzo Astengo. *Nec Catholicis episcopis consentiendum et sicubi forte falluntur*. S. Aug. Lib. de Unit. Ecclesia cap. XI núm. 28 con real permiso = Madrid por Cano = Año de 1798. Es en quarto pequeño y tiene 169 páginas” *Ibidem*.

obra de “un fraile agustino calzado que debe de haver escrito algunas obrillas bufonescas y de placer, y a lo menos una sobre el modo de tocar las castañuelas, que es sin duda un asunto mui digno de un hermitaño de San Agustín”. Naturalmente, en la orden cursada por Urquijo para retirar la traducción de Bónola y la jocosa réplica de Fernández, Luengo veía de nuevo la mano descarnada de los jansenistas, que habían llegado a privar al Consejo de Castilla de la facultad de dar licencias de impresión.⁵³

A comienzos de 1799, tanto en el ánimo de Luengo, como sobre todo en el horizonte de los jesuitas que había regresado a España se presentaban algunos negros nubarrones, pues no tardó en correr el rumor de que en la Corte, ahora bajo la dirección del Ministro Urquijo, se barajaba la idea de recluirlos en conventos, proyecto que Luengo atribuía por entonces, tanto al revuelo que desde finales del año anterior había causado la aparición de la traducción española de la *Liga Católica*, como a “la estimación que se hace de nosotros en los pueblos”.⁵⁴

Siempre atento a las maniobras de las fuerzas jansenistas, la condena del *Eusebio* de Pedro Montengón por la Inquisición so pretexto de abordar de forma demasiado expresiva las “cosas del amor profano”, era contemplada por Luengo desde un prisma bien distinto, pues, aunque, como había oído decir, era cierto que Montengón se había entregado “a la lectura de libros italianos, demasiado francos en esta materia, y engolfado en cosas de theatros de Italia, se haya dexado llevar alguna cosa de la libertad en hablar en esta materia”, resultaba una excusa banal, puesto que eran muchos los libros extranjeros y españoles “tan libres como los de Montengón”. Lo realmente importante era el propósito de que apareciese entre los libros prohibidos por la Inquisición “un libro de un Jesuita condenado por sus expresiones libres e impúdicas”.⁵⁵

En septiembre de 1799, Luengo decidió aceptar las requisitorias de su hermano Fernando para que fuese a vivir con él en Teruel, de manera que emprendió viaje hacia la Corte.⁵⁶ De Arévalo, donde estuvo desti-

⁵³ Luengo, XXXII, 9-12-1798, pp. 313-318; Menéndez Pelayo, M. *Historia de los heterodoxos españoles*, (ed. 1978) II, pp. 472 y ss.

⁵⁴ Luengo, XXXIII, 27-2-1799, pp. 28-31.

⁵⁵ Luengo, XXXIII, 9-5-1799. Carnero, G. (ed.), *Montengón (1754-1824)*, Alicante 1991; Batllori, *La cultura [...]*, pp. 496-498.

⁵⁶ Luengo, XXXIII, 22-9-1799, pp. 145-151.

nado unos meses en el Colegio de la Compañía, lo que más sorprendió al viajero fue el auge que habían adquirido sus mercados de trigo, porque si “en otros tiempos eran mui grandes, [...] ahora son, según he visto, una cosa extraordinaria”, puesto que los carros se podían contar por centenares. El día 18 por la mañana continuó viaje hasta Villacastín, en la que el cura le brindó la hospitalidad de su casa “por el sólo título de jesuita”. Al día siguiente se detuvo a comer en Guadarrama, donde tuvo el gusto de ver “el bello camino, que para montar estos puertos hizo cinquenta años ha el famoso Marqués de la Ensenada en el reynado de Fernando el sexto, que en nada es inferior a los que con tanta lentitud, con tales gastos, y con opresión de muchos pueblos se han ido fabricando después”. A primeras horas de la tarde llegaba al Escorial, en el que se detuvo hasta la mañana siguiente para visitar su famoso monasterio. Aunque sólo pudo ver su “maravillosa fábrica en grueso o por mayor”, quedó persuadido de que, con razón, la denominaban “la octava maravilla del mundo”. Se trataba de “una mole tan grande, tan suntuosa, y tan magnífica, que como que a su vista desapareció de mi fantasía la magnificencia de nuestro Real Colegio de Salamanca, aunque es cosa tan magnífica, que hasta ahora no havía visto otra casa de religiosos, que la igualase”. En el claustro tuvo ocasión de ver durante algunos instantes al Príncipe de Asturias, Don Fernando, y a los Infantes Carlos y Francisco de Paula. El joven Príncipe de Asturias, que frisaba ya los quince años, hizo aflorar las esperanzas restauradoras de Luengo: “Yo miraba, y contemplaba con una especie de embelesamiento, y suspensión a este prodigioso joven Príncipe de Asturias, Don Fernando, presintiendo el corazón dentro de mi pecho, que el cielo le tiene destinado para reparador y restaurador de la miserable España, que en los reynados de su abuelo Carlos III, y de su padre Carlos IV, dominando en ella los abogados y otra gente sin honra, sin talentos, sin lealtad y aún sin religión ha llegado ya a una suma decadencia en todos los ramos que forman la felicidad de una Monarquía, y a largos pasos va caminando a su total ruina y abatimiento”.⁵⁷

Luengo llegó a Madrid bien entrada la noche del 19 de septiembre y allí permaneció hasta el 4 de octubre. Debido a la prohibición de que los ex-jesuitas residiesen en Madrid intentó pasar lo más desapercibido

⁵⁷ *Ibidem.*

posible, aunque no descuidó visitar a Doña Francisca Isla hermana del célebre autor del *Fray Gerundio* y “agente procuradora, y bienhechora de todos los jesuitas que recurren a ella”. Luengo había tenido ocasión de conocerla personalmente en el Colegio de Santiago poco antes de sobrevenir la expulsión, y mantuvo después “alguna correspondencia” con ella.⁵⁸

Durante los primeros días Luengo se dedicó a pasear anónimamente por las calles de Madrid, y sus impresiones sobre la Corte tienen más valor desde el punto de vista de la crítica política y cortesana que desde la descriptiva. A pesar de su ajetreada biografía había visto muy poco mundo. La mayor parte de su juventud había transcurrido entre Valladolid y Salamanca, y no llegó a estar un par de años en Santiago de Compostela. En Italia apenas salió de Bolonia en tres décadas, más allá de pasar algunas breves temporadas en el campo. Roma no la conoció sino como resultas del segundo exilio de 1801. Además de su corto periplo de cinco días desde Bolonia hasta Génova, y sus tránsitos por Barcelona y Valencia, ésta era la primera vez que el diarista pisaba Madrid en toda su vida.⁵⁹ A pesar de todo Madrid le pareció a Luengo “una de las cortes más bellas de Europa”. Entre las cosas dignas de alabanza destacaba, además de la “limpieza y aseo de sus calles”, el nuevo Palacio Real y el Gabinete de Historia Natural y, sobre todo, el paseo del Prado “con bellos plantíos de árboles, hermosas fuentes, mui ancho, y mui largo, con varios caminos para los coches, y otros para las gentes de a pie”. El resto de sus impresiones sobre Madrid llevan ya consigo una considerable dosis de crítica, pues, resumido en palabras del propio Luengo: “se ve con los ojos que no hai talento para nada, o que de propósito todo de hace mal”.

⁵⁸ “En efecto ayer por la mañana [21 de septiembre] fui a visitar a la dicha señora, y nuestra primera vista causó en los dos aquella gustosa sorpresa, aquel afecto, y ternura, que causa necesariamente entre dos personas, que en otro tiempo se conocieron, y estimaron, y han pasado treinta y dos años sin verse. Yo he tenido mucho gusto en encontrarla, aunque no sin males molestos, más robusta de lo que pensaba pudiese estar; y me alegraría mucho, que viviese hasta el fin de nuestra tragedia, entre otros motivos, porque daría a luz alguna importante obra de su hermano; la que faltando ella, acaso jamás se imprimirá”. Luengo, XXXIII, 22-9-1799, pp. 145-151.

⁵⁹ Luengo, XXXIII, 22-9-1799, pp. 145-151.

Si El Escorial le había parecido a Luengo la “octava maravilla del mundo”, el fulgurante ascenso del Príncipe de la Paz constituía la novena. Sin mayores rodeos Godoy aparece calificado llanamente de “monstruo, tal que jamás se ha visto otro semejante en todas las cortes del mundo [que] ha abortado la afición desarreglada de la Reyna María Luisa al guardia de Corps don Manuel Godoi”, quien a pesar de haber salido de la Secretaría de Estado y decaído en el favor de la reina, continuaba en Madrid “tan obsequiado de las personas más distinguidas como si lo mandara todo, lo pudiera todo, y como si fuera el Rey mismo”. Bajo su férula política se habían elevado los ministros filósofos, se había protegido al jansenismo, se había atentado contra los privilegios del clero y mantenido a machamartillo la alianza con la República regicida francesa. Sobre sus espaldas recaía la mayor responsabilidad de la ceguera del pobre y bondadoso Carlos IV, que era empujado de esta forma “al precipicio, y a su inevitable ruina y perdición”.

Con el paso de los días Luengo fue estableciendo contacto con algunos otros jesuitas que deambulaban por Madrid por diferentes motivos. Su motivación particular era solicitar de los Directores de las Temporalidades la gracia de que, en adelante, se le pagase la pensión en Teruel donde iba a fijar definitivamente su residencia, de manera que hubo de visitar San Isidro, antro de “jansenistas”, y antaño Colegio Imperial de los jesuitas, en una de cuyas dependencias estaban instaladas las oficinas de las Temporalidades.

El día 4 de octubre abandonó Luengo la Corte, “en la que nada hai que no disguste a un corazón cathólico, y que no haga temer a un verdadero español y vasallo fiel de los Reyes. Todo respira descontento, libertad, desaogo, luxo, sugestión y esclavitud para con los republicanos franceses, impiedad y aún irreligión, y todo va disponiendo los ánimos para un general transtorno”.⁶⁰

Hasta el 10 de octubre, dos días después de llegar a Zaragoza en un coche de posta, Luengo no escribió una línea en su Diario, de manera que sus observaciones se limitan prácticamente a poner de relieve el descuido en que se hallaban los caminos desde Guadalajara hasta Zaragoza, y del que no desmerecían sus posadas y mesones. La ciudad del Ebro, en las vísperas de la festividad de la Virgen del Pilar, estaba ya volcada y

⁶⁰ Luengo, XXXIII, 12-10-1799, pp. 162-164.

pendiente de las “corridas de toros y otros regocijos que se llevan la atención de todos”. Sin embargo la descripción de la ciudad es de las más prolifas de las realizadas hasta entonces por Luengo:

“Esta ciudad de Zaragoza es una población grande, y no baxa, a lo que parece, de sesenta o setenta mil almas, de buena planta, y está cerrada, o murada. Aunque no son murallas que ya sirvan en estos tiempos. Las calles por lo común son estrechas, como sucede en las ciudades antiguas; pero tiene una hermosa calle bastante larga, y ancha, llamada del Corso, con la imperfección de no ser toda derecha. Tiene dos cathedrales, y el numeroso y rico cabildo va alternando los oficios divinos en ellas, dividido en dos partes, o cuerpos. No lexos, y como entre Norte y Oriente de la ciudad, pasa el caudaloso río Ebro, que la adorna de algún modo, y trae mil utilidades. No se dexan de ver buenos palacios, y las casas parecen generalmente buenas, como también se ven buenas fábricas de comunidades religiosas, y no era de inferior el Colegio principal de los jesuitas, que debe de servir de Seminario episcopal, o de concilio, governado por eclesiásticos seculares.”

Mención especial mereció la gran labor desplegada por el canónigo Ramón Pignatelli, impulsor de la Casa de Misericordia, de la plaza de toros, de los principales paseos y plantíos y, sobre todo, de la buena gestión del Canal Imperial, “una de las obras más grandes en este ramo que hay en Europa”.⁶¹

Desde Teruel le habían llegado noticias acerca de una grave enfermedad que aquejaba a su hermano Fernando, y el día 17 partió en una calea “lleno de ideas y pensamientos tristes por las confusas, y malas nuevas de la salud de mi hermano”. Apretando al máximo las jornadas, Luengo se presentó por segunda vez en Teruel al mediodía del 20 de octubre, “en circunstancias mucho más tristes y lamentables para mí que en la primera, hallando toda la casa en tristeza y luto por el estado miserable en que se halla el amo”, a quien se había administrado ya el viático.⁶²

Instalado por segunda vez en Teruel, y mientras su hermano recuperaba poco a poco la salud, el mal llamado cisma de Urquijo provocó una urticaria de indignación en Luengo, al igual que en la mayor parte del cabildo turolense. El 14 de noviembre comentaba que, poco después

⁶¹ Luengo, XXXIII, 16-10-1799, pp. 165-169.

⁶² Luengo, XIII, 24-10-1799, pp. 169-172.

de la muerte de Pío VI, el Gobierno –instigado por “algunos malignos eclesiásticos y astutos jansenistas, que le rodean y dirigen”– autorizó a los obispos para que pudieran librar dispensas matrimoniales, lo que para Luengo era sinónimo de haber convertido a los obispos en Papas, con desprecio herético de la suprema potestad pontificia. El Nuncio quedaba sin autoridad ninguna estando el solio pontificio vacante; la Rota matritense se convertía en una especie de tribunal supremo y, sobre todo, esta “medida jamás vista en España”, había aumentado la división en las filas del episcopado y soliviantado los ánimos del clero y de los pueblos.⁶³

Los correos de Italia se habían hecho más que irregulares con motivo del recrudecimiento de la guerra franco-austriaca, de manera que la *Gaceta* y una correspondencia más bien escasa y las chácharas y comidillas de los canónigos turolenses que se reunían en casas de su hermano constituían entonces las principales fuentes de información de Luengo.

Junto con el “herético” decreto de Urquijo y las expectativas de reunir cónclave en Venecia bajo la protección del Emperador, la gran noticia del año fue la del 18 Brumario. El 30 de noviembre de 1799 consideraba Luengo que “[...] se puede decir que ha ido por tierra la Gran república Democrática filosófica de Francia, y se ha acabado el gobierno propiamente popular, y democrático, y empieza un gobierno aristocrático, y casi monárquico [...] y por consiguiente ya se acabaron los representantes de la Soberanía del Pueblo, que es esencialmente el Soberano, según los libros, y charlatanerías filosóficas, con las cuales han aturdido, y deslumbrado a todas las débiles cabezas de la Europa, que en todas partes son siempre en mayor número que las robustas, y bien colocadas. Tan loca, tan ligera, y tan inconsistente es la sabia, iluminada y adorada filosofía que en un día ella misma destruye lo que ha estado predicando, y enseñando por un siglo”.⁶⁴

⁶³ Luengo, XXXIII, 14-11-1799, pp. 174-182.

⁶⁴ Luengo, XXXIII, 30-11-1799, pp. 187-194. Su juicio sobre Napoleón era igualmente rotundo: “Él es un muchacho como de treinta años, de una personalidad despreciable, extranjero, y de una nación de las más humildes, y abilitadas [sic] de la Europa, qual es sin duda la corsa, encerrada en una pequeña isla, y además de esto es bastardo, e hijo de otro, que él que se llamó su padre, como ya se dixo en otra parte de este escrito”. Por otra parte, consideraba monstruoso que una nación como Francia se dejase sujetar por un “muchacho de tales prendas y calidades [...]”.

Al concluir el año 99 Luengo destacaba con esperanza los grandes cambios que habían tenido lugar en Italia con el retroceso de las repúblicas impías. Fernando IV estaba de nuevo en posesión de todos sus estados, gobernando interinamente en los Estados Pontificios, y llevado a cabo “las mudanzas en punto de religión que son consiguientes al cambio de Gobierno [pues] según algunas cartas de Italia se han hecho algunos castigos, y se han cortado algunas cabezas de filósofos fanáticos, y de traidores a la Religión, y al Rey, y a la Patria, aunque no tantas, como sería justo, y aún se puede decir con toda verdad, que el Rey no conoce a los filósofos más peligrosos, que andan cerca de su persona, están en su gracia, y mucho más en la de la Reyna. Por tanto no puede haver seguridad de que se tomen resueltamente los medios más eficaces para reparar los daños que han padecido la Religión, y la piedad, y para hacer conservar a los Pueblos la debida obediencia, y veneración a sus soberanos, y sin estas cosas, no queda todavía el trono seguro.”⁶⁵

El año 1800 se presentaba cargado de simbología en cuanto era el último del Siglo de las Luces, que para Luengo era el de la “superficialidad, de las apariencias, de las ilusiones, de los engaños; y en estos últimos años se deberá llamar por todos en adelante el siglo de la brutalidad, de la fiereza, de la abominación, de la impiedad y de la irreligión”.⁶⁶

Durante los primeros meses de 1800 la cuestión central fue el cónclave de Venecia, de cuyo desarrollo llegaban pocas informaciones fidedignas a Teruel, aunque Luengo suponía con poca posibilidad de error que en él reinarían “las mismas parcialidades y pasiones, los mismos bandos y partidos, los mismos manejos políticos, negociaciones interesadas, y abundantes regalos por parte de la corte de Madrid que en los dos cónclaves antecedentes [...]”.⁶⁷

Hasta el 11 de abril no conoció Luengo por medio de la Gaceta que el designado para ocupar el solio pontificio había sido el cardenal Chiamonti, y aunque no acababa de compatir el optimismo de sus compañeros en Bolonia acerca de la posible restauración de la Compañía,⁶⁸ la proclamación de Pío VII había comenzado a dar resultados en el caso

⁶⁵ Luengo, XXXIII, diciembre 1799, pp. 202-228.

⁶⁶ Luengo, XXXIV, 4-1-1800, p. 1.

⁶⁷ Luengo, XXXIV, 11-4-1800, pp. 56-62.

⁶⁸ Luengo, XXXIV, 12-6-1800, pp. 83-89.

de España, pues los “jansenistas” empezaban a estar “confusos y acobardados”.⁶⁹

Aprovechando la bonanza de la primavera Luengo decidió, como tenía por costumbre en Bolonia, tomarse una cortas vacaciones visitando Mora, Rubielos y de nuevo Sarrión donde pasó unos días en casa de los Señores de la villa.⁷⁰ Desde el 23 de mayo, fecha en que se reanudan las anotaciones en el Diario, además de los asuntos relativos a la situación española, Luengo se centró fundamentalmente en atisbar los acontecimientos que se iban produciendo bajo el nuevo gobierno pontificio, en la mutación política de Francia, y la recuperación por los franceses después de Marengo de la mayor parte de Italia.⁷¹

El diarista recibió con júbilo, y como síntoma inequívoco de la mudanza en la dirección de la política eclesiástica del gobierno, la publicación en España de la *Auctorem fidei*, que permanecía retenida desde 1794. Para él se trataba de un claro triunfo de los jesuitas, aunque lamentaba de antemano que por parte de la Inquisición no se tomarían las medidas necesarias para “arrancar” los ejemplares que hubiese en España del Sínodo de Pistoya y de su traducción española.⁷²

El grupo “jansenista” de Urquijo había sufrido un serio revés a finales de año pues su posición, que estaba debilitada por la política religiosa, recibió la puntilla tras la llegada de Luciano Bonaparte, que traía instrucciones precisas de instar su destitución del Ministerio, del que fue cesado el 13 de diciembre, siendo nombrado en su lugar el incombustible Pedro Ceballos.

El 15 de marzo, el flamante Secretario de Estado daba curso a una decisión que ya anidaba en el ánimo de su antecesor. Como muestra inequívoca de la posición de Carlos IV de mantenerse inflexible ante los propósitos de parte de la Curia romana de restablecer la Compañía de Jesús, se dictaba un nuevo decreto de expulsión que afectaba a los 654 ex-jesuitas que por entonces residían en España. El 24 de enero de 1801 Pío VII había escrito a Carlos IV comunicándole las instancias del Czar para el restablecimiento de la Compañía de Jesús. Sin haber tenido respuesta oficial de la corte española, el 7 de marzo se publicaba el breve

⁶⁹ Luengo, XXXIV, 30-6-1800, pp. 99-101.

⁷⁰ Luengo, XXXIV, 10-5-1800, pp. 72-78.

⁷¹ Luengo, XXXIV, 7-8 al 23-8-1800, ff 120-142.

⁷² Luengo, XXXV, 10-1-1801, pp. 1-3.

Catholicae fidei, por el que se reconocía legítima la conservación de la Compañía en Rusia, con lo que se daba “el primer paso de gigante para la universal restauración” de la Compañía de Jesús. Pero el despecho de la Corte de Madrid “lo desahogaron con los ex-jesuitas que vueltos a la patria, habían dado los más altos ejemplos de abnegación y se habían ocupado en combatir los errores dogmáticos dominantes; especialmente el jansenismo y regalismo”. El 15 de mayo, respondía Carlos IV al dictado de su Secretario de Estado manifestando su oposición, pues se mantenían vigentes las “ideas subversivas de las autoridades, por su conducta desarreglada y por sus opiniones de laxitud y probabilismo” que la habían caracterizado desde su fundación.⁷³ De la orden de expulsión sólo debían quedar eximidos los que acreditasen “en debida forma hallarse enteramente postrados”.⁷⁴

El gobierno se mostró inflexible ante los centenares de representaciones en que los ex-jesuitas alegaban su avanzada edad, sus achaques, su buena conducta apartada de las polémicas doctrinales y políticas, su falta de medios para realizar el viaje de retorno a Italia, de forma que alrededor de 350 ex-jesuitas fueron sucesivamente embarcados hacia Italia entre mayo y diciembre de 1802.

Los jesuitas residentes en Teruel fueron instados por el Corregidor a cumplir la orden. Los PP. Juan Francisco Blasco y Gaspar Sánchez, se reunieron con Luengo en Sarrión el día 28 al anochecer para hacer juntos el viaje hasta Barcelona “como mártires de los primeros siglos de la Iglesia”.⁷⁵

En Barcelona estaban ya preparadas dos “buenas embarcaciones” encargadas de transportarlos a Italia a costa del erario real. Temiendo no llegar a tiempo Luengo y sus compañeros decidieron forzar la marcha todo lo posible. El siete de mayo cruzaban de nuevo el Ebro y llegaron a hacer noche en Hospitalet, a pesar del mal estado del camino.⁷⁶ El ocho llegaban a Tarragona, en cuyas cercanías a causa “el agua mal dirigida para el regadío”, se “trastornó una de nuestras calesas”, accidente que le privó, por segunda vez de poder ver “las cosas que se van trabaxando

⁷³ March, op. cit. II, pp. 188-190, y nota 2.

⁷⁴ Gregorio de la Cuesta – Ceballos, Madrid 4-4-1801. Rta: Minuta de Ceballos, 6 Aranjuez, 6-4-1801. A.H.N. Estado, leg. 5.066.

⁷⁵ Luengo, XXXV, 26 y 28-4-1801, pp. 48-52.

⁷⁶ Luengo, XXXV 7-5-1801, pp. 59-60.

para habilitar este antiquísimo puerto”.⁷⁷ El domingo día 10 llegaban a la puesta de San Antonio de Barcelona, donde “por la primera vez en tres años que viaje por España nos detuvieron, y nos hicieron un registro bien menudo y molesto, y aún vergonzoso, haviéndose acercado mucha gente que por ser día de fiesta iba de paseo”. Asistido primero por algunos hermanos que habían sido discípulos suyos, el Inquisidor Paniagua le ofreció su casa hasta que llegase el momento de embarcar.⁷⁸

El ánimo de Luengo estaba cargado del cansino escepticismo acumulado durante más de tres décadas de esperanzas frustradas.⁷⁹ Dispuesto para abandonar por segunda vez la patria que había añorado durante los largos años del exilio, escribió algunas páginas de colofón al contraste entre la España que abandonaron en 1767 y la del nuevo siglo que acababa de nacer:

“En nuestra primera partida de España entró por los Pirineos un ejército, por decirlo así, de filósofos y jansenistas franceses para introducirse en la educación de la juventud, y en otros ministerios y oficios. Las dos cosas, nuestra partida de España el dicho año, y la entrada de tantos impíos franceses, han causado evidentemente la introducción en estos últimos treinta años de la filosofía y jansenismo en España. En este nuestro segundo destierro y partida de España entra en ella un ejército de tropa de la República francesa, en el que apenas hai un hombre que no sea un impío filósofo republicano, igualmente enemigo de la religión cathólica que del trono de los reyes, así como entre todos los jesuitas que somos de un modo tan cruel y tan bárbaro echados de España no hai uno que no sea fidelísimo a la religión y a la corona y personas de los Reyes. Dos ventajas, pues, se añaden al presente para trastornar a España. La primera consiste en desterrar a algunos centenares de hombres que de todos los modos posibles se opondrían al trastorno del trono y de la religión; y la segunda es admitir dentro de la Monarquía un ejército de soldados que infaliblemente ayudará a los filósofos españoles, que querrán revolver a España. Y será un prodigio, sino lo intentan y otro mayor sino lo consiguen, estando todas las cosas tan bien dispuestas para una general revolución, y sólo podrá impedirla la fidelidad y religión de la nación española.”⁸⁰

⁷⁷ *Ibidem.*

⁷⁸ Luengo, XXXV 10-5-1801, pp. 61-62.

⁷⁹ Luengo, XXXV 11-5-1801, pp. 62-63.

⁸⁰ Luengo, XXXV 12-5-1801, pp. 63-74.

La noche del 16 de mayo partieron hacia Italia 136 de los ex-jesuitas reunidos en Barcelona. En esos últimos momentos recordaba Luengo la alegría que experimentó tres años antes al verse en tierra de España “en donde pensaba pasar el resto de mi vida con toda tranquilidad en el seno de mi familia; y ahora me veo forzado a dexar otra vez en este mismo muelle de Barcelona, la cara y estimadísima patria, y colocarme de nuevo en un país que aunque alabado por otros, para mí no tiene atractivo alguno”.⁸¹

⁸¹ Luengo, XXXV, 14-5-1801, pp. 74-77.